

➤ *Espíritu Santo (2016). Palabras de Papa Francisco en el Rezo del Angelus de 1 de mayo de 2016. El Espíritu Santo enseña a los discípulos a comprender cada vez más plenamente las palabras de Jesús, y les ayuda a recordar sus palabras.*

❖ **Cfr. Papa Francisco, palabras en el rezo del *Regina Coeli***

Domingo, 1 de mayo de 2016

Juan 14, 23-29

El Evangelio de hoy nos lleva al Cenáculo. Durante la Última Cena, antes de afrontar la pasión y la muerte en la cruz, Jesús promete a los Apóstoles el don del Espíritu Santo, que tendrá la tarea de enseñar y recordar sus palabras a la comunidad de los discípulos. Lo dice Jesús mismo: «*El Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho*» (Jn 14,26). Enseñar y recordar. Y eso es lo que hace el Espíritu Santo en nuestros corazones.

En el momento en que está a punto de volver al Padre, Jesús preanuncia la venida del Espíritu que ante todo enseñará a los discípulos a comprender cada vez más plenamente el Evangelio, a acogerlo en su existencia y hacerlo vivo y operante con el testimonio. Cuando va a confiar a los Apóstoles –que significa precisamente “*enviados*”– la misión de llevar el anuncio del Evangelio a todo el mundo, Jesús promete que no se quedarán solos: estará con ellos el Espíritu Santo, el Paráclito, que se pondrá junto a ellos, es más, estará en ellos, para defenderlos y sostenerlos. Jesús vuelve al Padre pero continúa acompañando y enseñando a sus discípulos mediante el don del Espíritu Santo.

El segundo aspecto de la misión del Espíritu Santo consiste en ayudar a los Apóstoles a recordar las palabras de Jesús. El Espíritu tiene la tarea de despertar la memoria, recordar las palabras de Jesús. El divino Maestro ya ha comunicado todo lo que quería confiar a los Apóstoles: con Él, Verbo encarnado, la revelación está completa. El Espíritu hará recordar las enseñanzas de Jesús en las diversas circunstancias concretas de la vida, para poderlos poner en práctica. Es justamente lo que ocurre todavía hoy en la Iglesia, guiada por la luz y la fuerza del Espíritu Santo, para que pueda llevar a todos el don de la salvación, es decir, el amor y la misericordia de Dios. Por ejemplo, cuando leéis todos los días –como os he aconsejado– un trozo, un pasaje del Evangelio, pedid al Espíritu Santo: *Que yo entienda y recuerde estas palabras de Jesús*. Y luego leéis el pasaje, todos los días... Pero primero esa oración al Espíritu, que está en nuestro corazón: *Que yo recuerde y que entienda*.

No estamos solos: Jesús está cerca de nosotros, en medio de nosotros, ¡dentro de nosotros! Su nueva presencia en la historia tiene lugar mediante el don del Espíritu Santo, por medio del cual es posible instaurar un trato vivo con Él, el Crucificado Resucitado. El Espíritu, derramado en nosotros con los sacramentos del Bautismo y la Confirmación, actúa en nuestra vida. Nos guía en el modo de pensar, de actuar, de distinguir lo que está bien y lo que está mal; nos ayuda a practicar la caridad de Jesús, su entregarse a los demás, especialmente a los más necesitados.

¡No estamos solos! Y la señal de la presencia del Espíritu Santo es también la paz que Jesús da a sus discípulos: «*Mi paz os doy*» (v. 27). Es distinta de la que los hombres se desean o intentan conseguir. La paz de Jesús brota de la victoria sobre el pecado, sobre el egoísmo que nos impide amarnos como hermanos. Es don de Dios y signo de su presencia. Todo discípulo, llamado hoy a seguir a Jesús llevando la cruz, recibe en sí la paz del Crucificado Resucitado con la certeza de su victoria y a la espera de su venida definitiva.

Que la Virgen María nos ayude a acoger con docilidad al Espíritu Santo como Maestro interior y como Memoria viva de Cristo en el camino diario.